

Un viento helado sobre nuestras relaciones con Europa

Drago, Tito

Tito Drago: Periodista hispano-argentino. Es presidente del Club Internacional de Prensa en Madrid. Fue director del «Indicador Bursátil» (Buenos Aires), editor en Santiago de Chile, director de producción del Centro Editor de América Latina, en Buenos Aires, y director de la agencia IPS en España.

Hoy la renovación en los países comunistas atrae la atención, el comercio, las inversiones y la ayuda de Europa Occidental. En una primera etapa, ello incidirá negativamente en las relaciones de ese continente con América Latina. Además de las causas europeas de ese alejamiento, que no es nuevo pero que registra una aceleración y un ritmo preocupantes, hay otras propias de América Latina. Entre éstas, la falta de continuidad de las políticas latinoamericanas hacia Europa, la preponderancia de las palabras y las declaraciones sobre los hechos y la ausencia de una actividad latinoamericana ante la CE. Uno de los problemas más graves a la hora de que los europeos aumenten su cooperación para el desarrollo de América Latina es el reproche europeo por la permanencia de estructuras económicas y sociales anacrónicas, resumido en la frase: «es difícil apoyar el desarrollo de países que todavía viven sumidos en condiciones neofeudales, con oligarquías que depositan sus ganancias a buen interés en bancos del exterior, mientras sus pueblos sufren la miseria cotidiana».

El poderoso huracán que remueve las raíces de los regímenes comunistas llega en forma de helado viento al sector de las ya tibias relaciones entre Europa y América Latina, contribuyendo a enfriarlas más, en un proceso que recién acaba de empezar.

Los cambios en el Este acaparan la atención de los europeos, mueven a sus gobiernos a comprometer importantes esfuerzos de cooperación económica, política y financiera para que las reformas no se conviertan en explosiones incontroladas,

abren nuevos mercados a sus productos y estimulan los apetitos inversores de los empresarios.

La distensión entre las dos superpotencias, plasmada en lo que se ha dado en llamar el «espíritu de Malta», se puede traducir, en lo que respecta a América Latina, en un reconocimiento de la URSS de que ese es territorio de influencia de los EE.UU. y que nada trascendente tiene que hacer allí.

A estas razones externas a América Latina se unen las propias de la región, entre las que se destaca la recurrente crisis económica y financiera y una marcada desidia en la manera de encarar las relaciones con Europa Occidental.

En todos los países de Europa Occidental hubo coincidencia al elegir a la personalidad del año 1989: Mijail Gorbachov y casi sin excepciones los temas que más llamaron la atención de los ciudadanos fueron los acontecimientos del Este y la cumbre Bush-Gorbachov, por encima de sus propios problemas, incluyendo la desocupación.

En España, el país con mayores lazos con América Latina, una encuesta realizada por una empresa especializada para el periódico El País indicó que entre los quince acontecimientos más importantes de 1989, sentidos como tales por los ciudadanos, no figuró ninguno relacionado con América Latina. A la cabeza, como en el resto de Europa, figuró la perestroika, seguida de las elecciones en España, acontecimientos familiares, inundaciones, relación laboral, la concesión del Premio Nobel al escritor Camilo José Cela, el terrorismo, acontecimientos deportivos diversos, la muerte del jugador de baloncesto Fernando Martín, la visita del Papa, la muerte de Dolores Ibárruri, los estudios, la entrevista de Gorbachov y Juan Pablo II, el diálogo entre las naciones, los accidentes de tráfico y el terremoto de San Francisco.

Entre todos esos temas no hubo lugar para uno solo referido a América Latina.

Esos mismos ciudadanos, al pedírsele una valoración de líderes extranjeros, pusieron las máximas calificaciones a Gorbachov (6,8), Helmut Kohl (5,4), Francois Mitterrand (5,1), George Bush (4,6) y Margaret Thatcher (4,2), por delante de los latinoamericanos: Oscar Arias (4,0), Virgilio Barco (3,7), Daniel Ortega (3,1), Fidel Castro (2,6), quienes sólo estuvieron por delante del chino Deng Xiaoping (2,5).

Si eso ocurre en España, donde el Nobel Oscar Arias recibió el Premio Príncipe de Asturias a la Cooperación, el más alto galardón que cada año entrega el heredero

de la corona en presencia de sus padres, es fácil deducir cuál es el panorama en el resto del continente.

Decenas... miles

En poco más de un año, mientras penosamente y gracias a la fuerte presión de España se incorporó a la República Dominicana y Haití a los acuerdos de Lomé (que regulan la cooperación de la CE con los países de África, Asia, el Pacífico y el Caribe no hispanófono) y se firmó un acuerdo para la cooperación con América Central, se firmaron tres con países del Este europeo y se dejaron listos para la firma otros dos. Además, mientras en los acuerdos con América Latina se habla en decenas de millones de dólares, con el Este se negocia en términos de miles de millones.

La CE coordina las tareas del Grupo de los 24 (los doce países de la CE, Estados Unidos, Japón, Canadá, los seis de la EFTA, más Australia, Nueva Zelanda y Turquía) para reunir una ayuda urgente para Europa del Este, que comprendía créditos por 10.000 millones de dólares.

Cuando los 12 presidentes y jefes de gobierno de la CE se reunieron en París, el sábado 18 de noviembre de 1989, entre las cuestiones externas al propio funcionamiento de la Comunidad, las relaciones con el Este fueron el tema fundamental. Allí sancionaron otras medidas complementarias a las decisiones de los siete grandes, de julio del mismo año, como la creación de un banco para canalizar la ayuda. En la sesión a puertas cerradas, el presidente del gobierno español, Felipe González, propuso que se aprobase una declaración en el sentido de que los apoyos al Este lo serían sin desmedro de la cooperación con América Latina. La declaración como tal no se logró, pero hubo consenso para que el presidente de la reunión, Mitterrand, mencionase el asunto en la conferencia de prensa final. Lo hizo a su manera: «La ayuda a los países que están caminando hacia la democracia en el Este no lo será en desmedro de los acuerdos de Lomé» que, en esa época no englobaban a ningún país de América Latina. González declaró a los periodistas, en el mismo acto y como una manera de «complementar» las palabras de Mitterrand, que aquella ayuda no afectaría los compromisos con Latinoamérica.

Esas declaraciones no fueron únicas. Antes y después otros responsables políticos de Europa afirmaron que se mantendrá la ayuda al Tercer Mundo en general y también a América Latina. Pero la realidad transita por otros caminos. Nigel Twose, director en Londres del «Instituto Panos», una organización no gubernamental de investigaciones sobre el desarrollo, afirmó en declaraciones públicas que minis-

tros o funcionarios de alto rango de al menos tres países de la CE le confesaron, en privado, que piensan recortar sus presupuestos de ayuda al Tercer Mundo para favorecer a las democracias emergentes de Europa Oriental.

Casi con las mismas palabras, en los tres países, que se negó a identificar, porque sus conversaciones fueron privadas, escuchó la siguiente afirmación: «Si hay que encontrar nuevos fondos, y así debe ser, no hay otro lugar dónde hallarlos que en los presupuestos de ayuda a los países en vías de desarrollo». Twose añadió que esa es la tónica oficial en la mayoría de los países occidentales.

Un buen conocedor de los entresijos europeos, el español Luis Yáñez, secretario de Estado para la Cooperación Internacional e Iberoamérica, declaró al respecto que «Es cierto que existe un estado de opinión o un cierto consenso público de esas características. Pero también es cierto que el gobierno español no ha tomado ninguna determinación en este sentido. Por el contrario, nuestro objetivo es mantener los compromisos adquiridos, y la perspectiva es que se firmen nuevos acuerdos, como el que se firmará con México, en enero de 1990».

También Italia

En Italia, uno de los países europeos que se caracterizó por el volumen de su cooperación volcada hacia América Latina, los partidos de la oposición denunciaron públicamente al gobierno por sus propósitos de reducir drásticamente la ayuda al Tercer Mundo y, en especial, aquella canalizada a través de mecanismos multilaterales. De hecho, la delegación italiana en las Naciones Unidas se «perdió» en las calles de Nueva York para no llegar a tiempo a la sesión de la Asamblea General dedicada a los presupuestos, pues sus integrantes no se atrevieron a presentarse a cumplir las indicaciones recibidas desde Roma, que implicaban reducciones de hasta 80% en los aportes voluntarios a organismos multilaterales.

En contraste, el gobierno italiano diseñó un fondo de garantía para asegurar riesgos en los proyectos de instalación de empresas en los países del Este de Europa, que comenzará a funcionar en 1990 y al que se piensa dotar con fondos por 5.000 millones de dólares para el primer trienio de actuaciones, según anunció el Ministro de Comercio Exterior, Renato Ruggiero. El ministro declaró que «La actividad de esta financiera se dirigirá durante el primer año sobre todo a asegurar operaciones en Polonia y Hungría coordinando nuestra actividad con los programas de cooperación con los países del Este iniciados por la CE». Después, el ministro de Asuntos Exteriores, Gianni Demichelis, en respuesta a las críticas de la oposición,

aseguró que se mantendría la ayuda al Tercer Mundo y que se crearía un fondo especial para atender a los países comunistas que se están reformando.

Las inversiones europeas en el Este son anteriores a la perestroika, pero ésta actúa como un gigantesco aguijón que convierte las iniciales exploraciones inversoras en verdaderas correntadas. La Fiat anunció una inversión de 1.800 millones de dólares para instalar, en sociedad con el Ministerio de la Industria de la URSS, una fábrica de coches de baja cilindrada a 100 kilómetros de Moscú, que producirá 300.000 unidades a mediados de la próxima década. La Banca Comercial Italiana (que con otros cuatro bancos europeos creó el Banco Internacional de Moscú), está por financiar la informatización de 80.000 ventanillas de atención al público de la banca soviética, en una operación controlada por el Grupo de Carlo de Benedetti. También negocian su instalación solos o asociados, Ferruzzi-Montedison, Agip Petróleos, Alitalia, Ansaldo, Benetton, Italtel, Selenia, Pirelli, Comau, Italmimpiantie, Iveco... y, como en el viejo dicho, «son todos los que están, pero no están todos los que son».

Las prisas por ocupar porciones del mercado de Europa Central y Oriental llevan, a veces, a que los aliados tengan fuertes roces, como el protagonizado por España con EE.UU. Una empresa española, Ceselsa firmó un contrato por unos veinte millones de dólares, para instalar sistemas de control de tráfico aéreo en el aeropuerto de Moscú. El negocio ya estaba en marcha, Ceselsa instaló las consolas y los terminales en Moscú, pero todo se paralizó cuando el COCOM negó la autorización para la entrega de dos computadoras (que representan solo 4% del valor total de la operación), bajo el argumento de que podrían tener un doble uso, civil y militar. El Comité Coordinador para el Control de Exportaciones Multilaterales (COCOM), es un organismo integrado por representantes de países, formado en 1974 y que está controlado por EE.UU., aunque aparente una pluralidad en su funcionamiento. España ingresó en 1985, para sortear uno de los últimos obstáculos para su admisión en la CE. Al finalizar 1989 el tema continuaba bloqueado, por la sola oposición del representante estadounidense en el COCOM y ex-embajador en Madrid Reginald Bartolomew.

Tendencia a la baja

La «mirada hacia el Este» de Europa Occidental es más peligrosa para América Latina porque se superpone a una tendencia hacia la baja en las relaciones económicas y comerciales, registrada en los últimos años.

América Latina está en un proceso de creciente marginalización del comercio exterior de la CE. La declinación de su participación como socio comercial de la CE no es sólo continuada, sino acelerada en los últimos años, según un documento de discusión confidencial preparado por un instituto ligado a las relaciones entre Europa y América Latina.

La participación de la región en el comercio extra comunitario representó 8,2% en 1965, bajó a 4,8% en 1983 y a 4,9% en 1987.

Las inversiones directas no presentan mejores perspectivas. Una encuesta del Centro Europeo de Investigaciones de Economía Aplicada «Prognos», efectuada a cien empresas transnacionales con sede en la CE y complementada con encuestas en profundidad a directivos de las diez más importantes, mostró una confianza hacia América Latina en el futuro, pero bastante escepticismo presente.

La conclusión de Prognos, a finales de 1987, cuando todavía el Este estaba adormecido, fue que: «Todas las compañías transnacionales con sede en la CE prevén que el futuro de América Latina a medio plazo será muy difícil. En principio, las perspectivas futuras de América Latina siguen siendo satisfactorias y, por lo tanto, no quieren reducir por completo sus negociaciones. Sin embargo, en estos momentos ya no son inversionistas entusiastas, sino que contemplan con cierta duda la posibilidad de nuevas inversiones en América Latina». Jürgen Westphalen, ejecutivo del DeutshSüdamerikanische Bank, de la RFA, afirmó que «Los países latinoamericanos interesados en inversiones extranjeras directas tendrán que esforzarse en el futuro más que en el pasado para ofrecer al inversor extranjero las premisas para inversiones seguras e interesantes».

Además, la propia dinámica de la CE pone trabas a las relaciones de sus países miembros con América Latina. Un caso lo constituyen los procedimientos abiertos contra Italia y Francia por la CE por posible infracción a la libre competencia, en razón de las reducciones arancelarias concedidas a los productos argentinos en dos acuerdos generales de cooperación firmados con ese país rioplatense. Otro, las medidas de apoyo a la exportación de sus países miembros a terceros países de productos agropecuarios que compiten con los latinoamericanos. Las subvenciones agrícolas de la CE se incrementarán en 40% entre las cifras de 1987 y las de 1992, según un pronóstico de Westphalen. Un tercero, la anunciada pero todavía no concretada eliminación del protocolo del banano, que permite desde 1958 la importación de esa fruta libre de aranceles. Su anulación, significaría grandes pérdi-

das para Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, Colombia, Nicaragua y Panamá.

La invasión de Panamá por los Estados Unidos fue interpretada en Europa como una señal de que las dos superpotencias llegaron a acuerdos, en la isla de Malta, que significan en la práctica el fin de Yalta y el establecimiento de unas nuevas reglas para el reparto del mundo. Pedro J. Ramírez, ex-director de Diario 16 y actual de El Mundo, de Madrid, un periodista liberal formado en EE.UU., comentó en un artículo editorial que «Las inquietantes consecuencias que la política de manos libres, al parecer acordada en Malta, empieza a tener en el llamado «patio trasero» de Estados Unidos revela hasta qué punto el equilibrio mundial estaba basado en la disuasión mutua... Si la crisis en la región (de América Central) se extiende y agrava en la dirección actual, será cuestión de pensar que todo el beneficio que en cuanto a la recuperación de su soberanía está aportando la perestroika a los pueblos de Europa del Este, se convierte en perjuicio para los de Centroamérica».

En términos similares se pronunció el también periodista Andrés Ortega, en El País, quien dijo que la invasión a Panamá vino a confirmar una sospecha: «Sólo hay una superpotencia, Estados Unidos».

Quizás por eso hubo algunos países (Gran Bretaña y Francia), que celebraron alborozados la invasión de Panamá, mientras la mayoría guardó un silencio cómplice y sólo España, a media voz, se hizo oír contra la intervención norteamericana, pero cuidando de no irritar demasiado a su aliado. Algo que no logró y debió pagar con el allanamiento, «por error», de las sedes en Panamá de su Banco Exterior, de la Agencia Efe y de la Iberia.

Esa ejecución del «patio trasero» a los Estados Unidos es aceptada públicamente hasta por representantes soviéticos. Irina Zorina, investigadora del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de Moscú, dijo en Madrid que «el sentido más importante del cambio en la política soviética con relación al Tercer Mundo es el rechazo del enfrentamiento con Occidente en esos países». Al preguntársele por América Latina contestó que la URSS debe bajar su presencia militar y política en Cuba y en América Central, pues «Nuestra presencia militar en esta zona del mundo no tiene ningún sentido en un plano histórico... En Nicaragua nos interesa apoyar la democratización del país. Tres pilares conforman nuestra política en Centroamérica: democratización, desideologización y desmilitarización. A buen entendedor, pocas palabras.

Lo dramático de este enfriamiento de las relaciones entre la CE y América Latina es que se produce cuando se habían dado pasos importantes para mejorarlas. Después de décadas de desinterés y apatía acerca de lo que ocurriera en América Latina, la CE tomó parte importante, y para muchos decisiva, a la hora de impedir una intervención militar norteamericana directa en Centroamérica, se comprometió con el proceso de paz y desarrollo abierto en Esquipulas, aprobó un plan trienal de 120 millones de dólares para impulsar la integración centroamericana, firmó un acuerdo especial con el Pacto Andino, se dispuso a financiar un sistema regional de pagos centroamericanos, abrió una línea presupuestaria especial para la cooperación al desarrollo con América Latina, dialogó a nivel ministerial sobre la deuda externa, sin grandes progresos es verdad y, por sobre todo, apoyó los procesos de democratización y defensa de los derechos humanos en la región.

Con ese trasfondo, el ex-ministro español de Asuntos Exteriores y actual diputado en el parlamento europeo, Fernando Morán, quien llevó el peso de las negociaciones para el ingreso de su país en la CE, asevera ahora que «La América no anglosajona está más lejos de Europa que en ningún otro momento» y atribuye esa situación a «la carencia de un proyecto de vertebración iberoamericana en el plano internacional, que encuentre en una relación clara y equitativa con Europa un contrapeso, a la vez, frente a los factores de disgregación y frente a las relaciones de dependencia respecto al Norte».

En esas palabras del socialista Morán se intuyen reproches a las carencias y errores de América Latina. La crisis económica, la deuda externa y la inestabilidad política pueden desalentar inversiones y tratados comerciales. Pero lo que más se reprocha desde Europa en términos políticos a los latinoamericanos, es la ausencia de un proyecto común, la falta de continuidad para los que se plantean en relación con Europa y la demora o rechazo para emprender las reformas económicas y sociales en sus propios países. Es difícil, se dice, apoyar el desarrollo de países que todavía viven sumidos en condiciones neofeudales, con oligarquías que depositan sus ganancias a buen interés en bancos del exterior mientras sus pueblos sufren la miseria cotidiana.

La falta de continuidad de las políticas hacia Europa se grafica en lo que hacen los gobernantes de América Latina cuando firman acuerdos. Estos sirven para muchas fotos: al anunciar la intención de celebrarlos, al comenzar las negociaciones, al signar el protocolo de intención, al informar que se llegó a un acuerdo y, por último, al firmarlos en solemnes ceremonias. Pero, por lo general, faltan las fotos siguientes: la de puesta en marcha de proyectos concretos.

Si eso es así en las grandes cosas, también se las constata en las menores. Es frecuente la queja de funcionarios europeos acerca de las partidas presupuestarias de cooperación que quedan sin usar porque no se presentaron solicitudes en forma, de fondos asignados y malgastados y de otras cosas por el estilo.

Además, se nota en la CE la falta de una voz representativa de América Latina y de acciones efectivas, concretas, orientada a defender los intereses de la región. Los organismos regionales carecen de embajadas o representaciones solventes en la CE y en sus países miembros.

La conclusión puede parecer desalentadora, pero es real. Con la perestroika la situación, en términos objetivos y a corto plazo, desmejoró para América Latina. Es posible que a largo plazo, con la reestructuración de las relaciones económicas y comerciales internacionales, se pueda asistir a un periodo de crecimiento económico en todo el mundo. A largo plazo. Mientras, América Latina tendrá que encarar sus propios problemas mirando hacia adentro y, al mismo tiempo, entender que las relaciones con Europa requieren de un nuevo planteamiento, activo y unificado.